

Históricas Digital

Carlos Marichal

“La historia económica en la década de 1980-1990.
Obstáculos, logros y perspectivas”

p. 115-123

El historiador frente a la historia
Corrientes historiográficas actuales

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

148 p.

(Divulgación 1)

ISBN 968-36-7984-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/corrientes_historiograficas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

LA HISTORIA ECONÓMICA EN LA DÉCADA DE 1980-1990 OBSTÁCULOS, LOGROS Y PERSPECTIVAS

CARLOS MARICHAL*

El tema que me gustaría comentar es complejo, porque trata de la exploración de las bases sobre las que se asienta un campo de investigación relativamente joven en el país. En esencia, me interesa que nos acerquemos a la discusión de cuáles son los obstáculos y las ventajas de trabajar en el campo de la historia económica en México en tiempos recientes. Un repaso de las experiencias de la última década sugiere que estamos aproximándonos al momento de despejar de esta disciplina, tanto por la ya abundante *cantidad* de estudios en historia económica de México que existe, como por la mejor *calidad* de un porcentaje creciente de los análisis, que incorporan nuevas metodologías, nuevas preguntas y algunos resultados originales.¹

Que se estén logrando avances en la historia económica mexicana no implica, sin embargo, que no existan importantes obstáculos para su pleno desarrollo y maduración. En primer lugar, un problema clave, en el decenio de 1980, ha sido la dificultad para superar la crisis de los paradigmas dominantes, heredados de los años sesenta y setenta. Un segundo escollo, igualmente preocupante, ha sido la falta de coordinación entre los investigadores de esta subdisciplina y, en especial, la ausencia de diálogo entre los historiadores económicos y los economistas; sigue siendo notoria la falta de cursos e investigaciones de historia económica en las facultades de economía del país. En cambio, una tendencia mucho más favorable ha sido el descubrimiento de una multitud de fuentes nuevas para la historia económica, lo que se debe, en parte significativa, a los avances de la historia regional.

* El Colegio de México.

¹ La abundancia de las publicaciones actuales en historia económica de México puede constatarse a partir de la revisión de la sección bibliográfica del *Boletín de Fuentes para la Historia Económica de México* que editamos; son, literalmente, centenares de referencias recientes. En cuanto a la calidad, una de las formas de constatarla consiste en revisar los artículos publicados en revistas internacionales: un análisis de *Hispanic American Historical Review*, por ejemplo, nos indica que en los últimos años la historia económica mexicana está logrando una inserción en el interior de los debates científicos más estimulantes.

La crisis de los paradigmas

Actualmente, los científicos sociales, en casi todas las universidades latinoamericanas, experimentan una prolongada crisis intelectual que se vincula directamente con una crisis de los fundamentos y paradigmas teóricos que sustentan la investigación.

Dicha crisis comenzó a manifestarse de manera pronunciada desde finales de los años setenta, especialmente a raíz del cuestionamiento de los enfoques marxistas y dependencistas, los cuales habían tenido una influencia dominante entre sociólogos, politólogos, historiadores y, también, entre economistas, en las universidades de la mayor parte de América Latina. Cuando esta influencia decayó surgió una multitud de interrogantes sobre los presupuestos teóricos y aun los metodológicos que debían guiar la investigación en cada disciplina. Deseo comentar brevemente esta crisis y también sugerir por qué dicha crisis es quizá menos grave en el campo de la historia económica de lo que podría llegar a suponerse.

La crisis de los planteamientos marxistas

Durante el decenio de 1960 y buena parte del de 1970, los planteamientos marxistas tuvieron una enorme influencia en la mayoría de las universidades latinoamericanas. En el caso de la historia económica, esta influencia era particularmente clara, debido en parte al hecho de que un buen número de los pioneros en este campo tenía una filiación marxista. En el caso de México, por ejemplo, puede señalarse la contribución de una figura como Luis Chávez Orozco quien, desde la década de 1940, fue uno de los más productivos autores de trabajos sobre la historia económica de la colonia y del siglo XIX. En otros países latinoamericanos puede señalarse la influencia de historiadores marxistas como Caio Prado en Brasil, Luis Sommi y Ricardo Ortiz en Argentina, Ramírez Necochea en Chile, Moreno Fraginals en Cuba, quienes fueron algunos de los principales impulsores de la historia económica.

Asimismo, en esta década de 1960 y principios de la siguiente, la discusión acerca de los “modos de producción” cobró particular fuerza entre nuevas generaciones que trabajaban, en especial, temas de historia colonial. Este marco de referencia tenía la ventaja de ofrecer una visión amplia y comparativa, aunque también tenía la desventaja de encerrar algunos problemas dentro de una discusión que podría llegar a tener ribetes dogmáticos. Entre los mejores trabajos que se realizaron con base en algunos de los enfoques derivados de dicho marco de referencia pueden citarse los de autores como

Ciro Cardoso, Enrique Semo, Garavaglia, Sempat Assadourian y Chiaramonte aun cuando hoy en día estos investigadores ya no sienten la misma simpatía por el debate sobre los modos de producción, el que consideran superado en buena medida.

Por otra parte, puede señalarse que el enfoque marxista en la historiografía latinoamericana cobró fuerza a partir de un fructífero intercambio con historiadores europeos y con algunos historiadores norteamericanos marxistas o próximos al marxismo. En este sentido, es conocida la influencia de historiadores europeos marxistas de gran nivel como Witold Kula, Eric Hobsbawn, o Christopher Hill. En consonancia con ello debe notarse la difusión del marco de referencia “materialista” de la escuela francesa de los *Annales* y, en menor grado, el impacto producido por historiadores norteamericanos de corrientes próximas al marxismo como William Appleman Williams, Eugene Genovese, John Womack y otros autores menos conocidos que publicaban, por ejemplo, en la revista *Radical América*.

Desde fines de la década de 1970, sin embargo, la influencia del marxismo en la historiografía europea en particular comenzó a disminuir, en buena medida como reflejo de las discusiones que entonces se dieron acerca del papel de los partidos comunistas en Europa occidental. El concepto de eurocomunismo pareció abrir nuevas perspectivas pero tuvo escasa vigencia; se fue desmoronando, mucho antes incluso de las crisis en los países de Europa del este o del nacimiento de la *Perestroika*.

A su vez, en las universidades latinoamericanas comenzó a vislumbrarse un agotamiento de la utilidad de muchos esquemas excesivamente simples y/o dogmáticos de una especie de marxismo “vulgar”, los cuales se venían repitiendo de manera machacona en muchos cursos de economía y de historia económica. Por otra parte, dicha crisis no estuvo desligada de sectarismos ni de las serias derrotas de los movimientos de izquierda en América Latina, que se produjeron a mediados de los años de 1970.

La crisis de la teoría de la dependencia

Pero la crisis de los enfoques marxistas no era la única (en lo que se refiere a grandes paradigmas en las ciencias sociales), sino que estaba a su vez vinculada con el debilitamiento del influjo de una escuela de pensamiento, la escuela “dependentista”, que frecuentemente se identificaba con posiciones de izquierda o de carácter antiimperialista.

Aunque esta escuela tenía un apoyo teórico mucho menos sólido que el de la marxista (había surgido a finales de los años cincuenta con base en la llamada “teoría de la dependencia”, a partir de una mezcla de influencias, que

incluía las contribuciones de los economistas del desarrollo como Prebisch, Lewis, Hirschman, Furtado, y luego, Samir Amin, Teotonio Dos Santos, y otros autores), tuvo una difusión igual o más amplia que los planteamientos estrictamente marxistas en los ámbitos académicos latinoamericanos.

En lo referente a la historia económica, no hay duda que los esquemas dependentistas pronto mostraron serias limitaciones en cuanto a su poder explicativo. Su preferencia por un análisis del “sistema mundo” (para utilizar el término acuñado por Wallerstein) *no* permitía profundizar en una enorme gama de temas, por ejemplo, los de las realidades regionales y locales, la importancia de los mercados internos, la capacidad autónoma de burguesías locales para la acumulación de capitales, etcétera. Mas, en contraste con el trabajo de Wallerstein, que sin duda reflejaba una gran erudición, muchos de los trabajos sobre Latinoamérica eran algo “ligeros” en lo que se refiere a su equipaje bibliográfico y documental. Me refiero, por ejemplo, al famoso libro de Cardoso y Sunkel sobre este tema, a los ensayos de André Gunder Frank, y a una amplia gama de estudios realizados por politólogos y sociólogos que se inscribían dentro de la llamada escuela de la dependencia. Curiosamente, pocos historiadores intentaron hacer trabajos desde una óptica estrictamente dependentista, lo cual refleja, quizá, su sabiduría, o al menos su modestia y prudencia en el manejo de esquemas tan globales.

La crisis de la teoría de la dependencia en América Latina, por otra parte, también se vinculó con su escaso poder explicativo dentro de las ciencias económicas ya que, en última instancia, reducía todo análisis a un círculo vicioso, para el cual no resultaba fácil desarrollar o aplicar modelos de análisis dinámicos y complejos. Y reitero, en el campo específico de la historia económica, sus limitaciones eran especialmente notorias por su falta de atención al nuevo y tan activo campo de investigación que es la historia regional. Es decir, han sido muy escasos los intentos bien documentados de aplicar el esquema centro-periferia en los países latinoamericanos, que hayan tenido éxito, ya que no se flexibilizó o profundizó la teoría para intentar proponer un mayor acercamiento a la realidad regional, tan compleja en términos geográficos, económicos, sociales, políticos y culturales.

En nuestra opinión, el legado de la escuela de la dependencia ha resultado mucho más pobre que el de las corrientes marxistas, por los motivos señalados. Pero ello no implica que haya que descartar la utilidad de algunos de los modelos o presupuestos de los dependentistas o, de manera más rigurosa, de los mejores exponentes de la escuela de la “teoría del desarrollo”, como Gerschenkron, Bairoch, Lewis, entre otros. De hecho, la influencia de los autores mencionados ha sido muy importante en la historia económica europea, por ejemplo, en el estudio de problemas acerca de las causas diferenciales del

despegue de la revolución industrial, de las bases agrarias del capitalismo moderno, del papel del Estado dentro de economías poco desarrolladas, etcétera. Y dichos estudios de la escuela de la “teoría del desarrollo”, insuficientemente incorporados en los programas docentes de las universidades latinoamericanas, pueden todavía dar pie a importantes esfuerzos que modifiquen la forma en que vemos la historia económica de nuestros países, es decir, desde una óptica comparativa.

En la crisis actual de los paradigmas se observa que tanto los planteamientos de algunos autores de la escuela de la teoría del desarrollo económico como aquellos de los mejores exponentes de la historiografía marxista siguen ofreciendo posibilidades para el avance de la historia económica. Esto parece indicar que la mencionada crisis no es tan seria en este campo de la investigación en historia económica como en otros afines de las ciencias sociales. Que sea así me parece que se debe, en buena medida, a la alta calidad de las investigaciones realizadas por los historiadores marxistas europeos desde un punto de vista documental y analítico. Ello es manifiesto en los ámbitos académicos europeos donde se reconocen los aportes fundamentales de pensadores y escritores como Hobsbawn, Hill, Kula, Bouvier, Vilar o Fontana, para citar solamente algunos. Para el caso de América Latina, también puede mencionarse un limitado número de historiadores económicos, formados en escuelas marxistas, que han elaborado trabajos de trascendencia, pero debe resaltarse que es solamente la alta calidad de sus análisis y documentación lo que permite que sus propuestas teóricas se incorporen a las nuevas propuestas (probablemente de distinto enfoque ideológico), que surgirán en los próximos años.

No obstante lo dicho, conviene señalar que la excesiva influencia de los enfoques marxistas y dependentistas en los ámbitos universitarios latinoamericanos ha hecho que se ignore gran parte de los mejores trabajos de historia económica realizados en los Estados Unidos, Canadá, Europa, Australia y otros países y regiones que no tienen la misma impronta ideológica. En este sentido, me parece que es urgente que los historiadores económicos de México intenten recuperar “el tiempo perdido”, mediante un profundo conocimiento de las numerosas y excelentes revistas de historia económica que se publican a nivel internacional.

La historia económica como nueva disciplina en América Latina y la necesidad de estrechar lazos con las ciencias económicas

Más allá del debate teórico puede sugerirse que la historia económica en América Latina se enfrenta con importantes retos de tipo metodológico. Ello es, en buena medida, consecuencia del carácter todavía incipiente —o sea,

todavía inmaduro— de los estudios de esta disciplina en las universidades y centros de investigación. Me refiero a la relativa escasez de cursos, revistas y organizaciones profesionales de historia económica, los cuales comienzan a surgir pero todavía sin el ímpetu y fuerza requeridos.

Es posible observar que, en contraste con América Latina, en Europa y los Estados Unidos ésta es una disciplina ya consolidada o madura. Ello se debe a que existe un gran cúmulo de trabajos realizados; al desarrollo de metodologías cada vez más complejas y sofisticadas, y a la mayor cantidad de recursos humanos, académicos, bibliográficos y financieros destinados a ella.

En Europa, la historia económica comenzó a madurar ya desde la década de 1920 cuando, tanto en Inglaterra como en Francia, se inició la publicación de revistas especializadas en este terreno, por ejemplo, la *Economic History Review* (desde 1926), órgano de la asociación de historiadores económicos ingleses; la *Revue d'Histoire Economique et Sociale* (desde 1908) y *Annales* (desde 1929), en las que han aparecido los trabajos de los historiadores económicos franceses. Por otra parte en varios países como Alemania, Bélgica, Holanda, Italia y la Unión Soviética, los trabajos de historia económica se multiplicaron desde entonces, permitiendo una progresiva acumulación de estudios que hoy constituyen una vasta bibliografía.

En los Estados Unidos los estudios de historia económica también cobraron fuerza en esos años, pero no fue sino hasta la década de 1940 que se creó la asociación de historia económica de ese país y su revista, *Journal of Economic History*. Desde entonces, la producción, por académicos norteamericanos, de trabajos sobre historia económica que incluyen no sólo la de Estados Unidos sino también de la mayoría de los países del mundo, ha sido notoria y supera ampliamente la de cualquier otro país. Dicho sea de paso, el número de trabajos publicados en los Estados Unidos sobre la historia económica de México aumenta año tras año y constituye una fuente inapreciable para la investigación.

Un caso distinto al anterior y más semejante al de México es el de España, que hasta fechas recientes tenía un fuerte rezago en el campo de la historia económica. Sin embargo, desde principios de los años setenta el avance de la historia económica en las universidades españolas ha sido muy grande y se manifiesta en la multiplicación de estudios sobre industria, agricultura, comercio, finanzas y banca. estudios que comenzaron en las universidades de Madrid y Barcelona, pero que ahora se realizan prácticamente en todas las universidades españolas de provincia. Al hablar con algunos historiadores españoles, especialmente con los de Madrid, éstos señalan el papel impulsor del Banco de España que, mediante la oferta de becas y con base en los congresos y publicaciones del Servicio de Estudios del Banco, permitió una especie de “despegue” de este campo de investigación.

En todo caso, la creación de una Asociación de Historia Económica de España, a principios del decenio de 1980, y la publicación de la *Revista de Historia Económica*, desde hace ya seis años, han consolidado este campo que avanza rápidamente.

En América Latina durante la década de 1980 se produjo una profusión de trabajos sobre historia económica, pero sería prematuro afirmar que la disciplina se haya consolidado. En Sudamérica, Centroamérica y el Caribe las dificultades institucionales estuvieron estrechamente vinculadas con las crisis políticas y económicas... la persecución política, la inestabilidad universitaria, la falta de recursos y de apoyos.

En México puede afirmarse que la situación es distinta, ya que existen recursos y plazas académicas (aunque todavía sean insuficientes) y se está descubriendo que abundan las fuentes primarias. Sin embargo, todavía no se consolida la disciplina, por lo que es muy sugerente que se organicen grupos de trabajo dedicados a investigar la historia de la minería, de los precios coloniales, de las finanzas, del capitalismo regional, etcétera.

En el caso de México puede observarse también un fuerte rezago en el terreno de la historia económica en las facultades de economía. Ello incide bastante en la capacidad que tiene el gremio para plantear nuevos modelos analíticos e inclusive en el desarrollo de estudios econométricos más sofisticados.

Hoy en día, la mayor parte de los estudios de historia económica son producidos en centros y facultades de historia, lo que se refleja en el escaso manejo de teoría económica de muchos de los trabajos y en la asombrosa falta de estudios sobre la historia económica mexicana de los decenios posteriores a la revolución de 1910-1920. Es urgente que las facultades de economía impulsen un mayor conocimiento de la evolución económica reciente del país, sin el cual toda nueva teoría difícilmente puede llegar a evaluarse científicamente. En otras palabras, el “control” de los modelos teóricos en el laboratorio histórico-económico es imprescindible, a no ser que se desee vivir de esquemas intelectuales prefabricados e importados.

Las nuevas fuentes y temas de estudio

La necesidad de contar con información cuantitativa y cualitativa suficiente para evaluar los modelos teóricos me lleva al último punto que quisiera comentar: el que se refiere a la riqueza de fuentes que comenzamos a descubrir todo lo que trabajamos en el campo de la historia económica de México. Con frecuencia se escucha que las fuentes para ésta son difíciles de localizar; es cierto que muchas empresas y bancos no permiten consultar sus archivos,

también que muchas familias de empresarios tiran los suyos; es cierto que muchos ramos de documentación de historia económica han sido destruidos o se han perdido a causa de la negligencia de funcionarios que, por ejemplo, vendieron archivos estatales y, además, es cierto que muchos otros ramos no han sido todavía catalogados en los respectivos archivos.

No obstante, una revisión del número de fuentes existentes y de las nuevas que se van “descubriendo” revela que la historia económica es una de las más privilegiadas de las diversas subdisciplinas históricas, en este sentido. Nos referimos a que existen archivos de empresas y archivos públicos –como los notariales y judiciales–, que han proporcionado una cantidad insospechada de materiales para la historia económica; archivos de la Iglesia que comienzan a explotarse, y un gran número de archivos institucionales que anteriormente no llamaban la atención de los investigadores o no eran accesibles.

Claro está que frecuentemente la labor de catalogación es tan formidable que hace difícil la utilización del archivo a corto plazo. Hay que recordar, por ejemplo, el ramo de *Aduanas* del Archivo General de la Nación (AGN), con sus 9 000 cajas sin ordenar aún, o el ramo de *Tabacos*, del mismo archivo que, con sus 15 000 cajas sin catalogar no puede ser consultado con eficacia o, inclusive, los ramos de *Real Hacienda* o *Hacienda Pública*, tanto de los archivos de los estados como del AGN, que apenas comienzan a organizarse.

Pero también debe subrayarse el gran esfuerzo que se está haciendo para su catalogación. El AGN acaba de editar una guía de sus fondos que es equiparable con las mejores del mundo y que abre enormes posibilidades al investigador. En ese mismo archivo se llevan a cabo actualmente diversos proyectos conjuntos de catalogación; por ejemplo, en proyecto conjunto con el Instituto Mora se está ordenando el material referente a alcabalas de la Dirección General de Rentas, para el periodo 1820-1860 (alrededor de 400 cajas), que será de enorme utilidad para la historia financiera y fiscal, nacional y regional. El Banco Nacional de México, por su parte, acaba de iniciar la organización de su archivo histórico, el primer archivo histórico de un banco en México. Y tenemos información de la riqueza potencial de Nuevo León, donde hay archivos recientemente abiertos como el de la Fundidora, que fue durante largo tiempo la mayor empresa industrial metalúrgica del país.

La consulta del enorme cúmulo de información que albergan dichos archivos implica un difícil pero no imposible reto pues otro mito que ha pasado “a la historia” es el de la dificultad de manejar largas series estadísticas. En los años treinta, el famoso historiador Earl Hamilton, aún sin calculadora portátil (ni mucho menos computadora) realizó varios de los más importantes estudios sobre el tema de la transferencia de la plata de América a Europa y su impacto sobre el capitalismo europeo en los siglos XVI a XVIII. Actualmente,

con las computadoras, hojas de cálculo y graficadoras no resulta viable el argumento de que no se puede trabajar bien la información de tipo cuantitativo. Y es precisamente la historia económica una de las disciplinas que más se beneficia con estos avances de la industria electrónica y su aplicación a las ciencias sociales.

En resumidas cuentas, si bien existen todavía grandes obstáculos para el avance de la historia económica en México, así como en el resto de América Latina, también existen grandes potencialidades. El problema, sin embargo, no reside sencillamente en las labores de acumulación y procesamiento de información empírica o cuantitativa. A un sólido manejo metodológico de estos materiales hay que agregar un claro y original análisis, una serie de propuestas teóricas, hipótesis sugerentes y nuevos parámetros para la investigación que permitan avanzar en los trabajos a los que nos dedicamos.